

## La Tuna Rosarista

La Tuna Rosarista acaba de nacer con los mejores augurios. Recuerdo vivo de las universidades de España, su música, impalpable llovizna sobre el espíritu, conmueve y deleita. Nos acordamos de España y sus feriales. De los atrios de sus grandes centros docentes. De Salamanca, donde aún parece oírse la voz de don Miguel de Unamuno, acre, golpeada por la tempestad. Y de pronto hecha ternura por las caricias de una melodía tierna, jugosa, auténtica "morriña" galaica. La Tuna Rosarista viene, pues, a darnos paz, a domeñar instintos, a suavisar asperezas. Porque ante su embrujo tenemos que rendirnos. Las guitarras de cadera femenina, el terciopelo mórbido de los violines, el tiple colombiano, abuelo de los bambucos y joropos y pasillos, las panderetas alegres, todos los instrumentos se acuerdan para que nazca el ritmo, la gracia, el agua melódica.

Muchachas en flor. Rubias o color canela, olivo repujado por el viento, y los jóvenes varones de esta generación, todos a una hacen saltar las chispas melódicas. El río de fuego de la gracia. Y las voces que son arpegio y sentimiento. Flor de romerías o de duraznero. Pura esencia de la melodía que salta alígera y va a desmayarse en las cuerdas del paisaje. Y naturalmente recuerdos que nos trae esta música con su profundo mensaje. El viento de la memoria vuelve hasta nosotros con la pureza que toman las cosas cuando ya no son materia viva, sino esencia, levadura de la misma sangre. Muchachas y jóvenes varones que así enriquecen el acervo cultural del Claustro rosarista, rectorado por un valor auténtico de nuestra Nación y fiel continuador de tradiciones que son semilla viva, en esta hora de confusión. La Tuna Rosarista empieza a conquistar el territorio de las almas, merced únicamente al divino don de la música.



## Don Agustín

Así, sencillamente lo han conocido las generaciones que don Agustín Nieto Caballero ha plasmado con una docencia admirable. Mejor aún: que ha esculpido, porque para lograrlo es preciso ser un varón justo. Y, además, pertenece a la gran raza de los adoctrinadores de almas. Don Agustín ha permanecido incólume frente a todos los huracanes. Ni la tiranía, ni el halago, ni la concupiscencia moral, tienen nada en común con su naturaleza. No lo han vencido ni los infortunios, ni los años, ni las derrotas silenciosas que también son patrimonio de los grandes espíritus. Lo que a nosotros particularmente nos interesa en su caso es su desinterés activo, sus sueños siempre renovados como si ayer no más los hubiera plantado sobre la colina de la vida. En permanente y deslumbrante contacto con la juventud, ha aprendido el secreto de permanecer también joven. Las pasiones negativas nunca han hecho presa en su alma. Ni el odio, ni la befa, ni la murmuración, ni la infamia de ciertos lodos, han sido sus armas. Porque es todo amor, germinación y sabiduría.

Asistir al espectáculo activo de esta vida es aprender lecciones de lealtad, de nobleza, de esperanza. Los valores eternos que ha defendido no serán sepultados por la pezuña de los nuevos bárbaros. Su adoctrinamiento tiene mucho de querencia, de ternura, porque es muy vasto el dominio humano habitado por su conciencia. Educar con apostolado es lo mismo que llevar sobre el hombro una cruz, caer en los peldaños, volver a levantarse y avizorar horizontes puros, lejanías marinas. Don Agustín se inclina sobre cada uno de sus discípulos con una pasión encendida, ya que los hombres somos diferentes, y no simplemente fichas de una estadística de manicomio. Muchas generaciones de colombianos le deben a este hombre singular el haberse hecho a un alma y a un estilo de vida. Que no se pueden recompensar en materias fungibles, sino en actos de conducta. Abatido por la muerte su hermano Luis Eduardo Nieto Caballero, en horas turbias para Colombia, pudo decir con Arturo Rimbaud: "Yo soy de la raza de los que cantan en el suplicio".

Jamás podría don Agustín abandonarse a las cosas perecederas, a esos bienes materiales que muchas gentes contabilizan como el avaro en la noche. Porque es todo radiante dación cristiana, sentido espiritual y hondo de su misión educadora. Pero no es de aquellos educadores que únicamente labran con la palabra que es como la fina corriente de agua que corre por la rugosa espalda de una roca. Es que su palabra es su vida. Cuando habla se entrega totalmente, está consustanciado con el concepto, es un hilo de su sangre. Y ante este hechizo es necesario el

respeto, porque solamente estos hombres merecen que les entreguemos nuestra parcela de intimidad. No los feriantes, los buhoneros, los demagogos, los calumniadores, los viles impostores que tienen dos máscaras: una para presentarla en sociedad, y, la otra, la terrible, la faunesca, para su mundo personal donde sueltan todas sus viborillas, y son exactamente ellos mismos, porque no fingen, se dan en su vileza, en sus vicios, en sus secretas miserias.

Don Agustín Nieto Caballero es paradigma de la República. Ama la nacionalidad profunda y cierta. No lo veremos nunca en conciliábulos de aquellos donde los demagogos, los truhanes, los mendicantes de la politiquería hacen sus presupuestos estériles. Siempre anda en la búsqueda de la cultura, en todo aquello donde palpita lo mejor del hombre, en las manifestaciones intemporales, que tienen su límite con la eternidad. Como educador comprende que solamente la formación de hombres cultos ha de salvar a la nación. Que no hay derecho a justificarse mediante la ignominia y el veneno de la calumnia. Que se es cristiano o sencillamente un puerco gobernado por la parte oscura del animal. O criaturas de Dios en busca del perfeccionamiento, o simplemente el anti-hombre que reniega de su naturaleza divina para revolcarse y refocilarse en el establo.

Nosotros nos hemos honrado largamente con la amistad y el ejemplo de este maestro por antonomasia. Llega a la colina inspirada de los 80 años juvenil, cordial, chispeante de gracia, rico en conocimientos y siempre desvelado por Colombia. Su "nutrición moral" compartida con sus discípulos, a todos nos alumbró. Y naturalmente tendemos las manos ávidas hacia esa luz que ha servido para indicarle el camino a muchas generaciones que él, sin escatimar nada, ha abroquelado con su escudo de gladiador de la inteligencia.



## El Profesor Carlos J. Medellín

Se ha ido en silencio. Como silencioso fue su tragar, su enseñar, su adoctrinar. Discípulos suyos en el Externado de Colombia, de sus enseñanzas nos quedan lecciones inolvidables. No solamente el viaje a pie por las vías romanas, por la Roma antigua, sino también el amor por el pasado cuando es dinámico y fluye de él un raudal de experiencias. Su cátedra era magistral. Sin tumultuosa algarabía, como un manantial que corre por frescas laderas. Los antiguos juristas romanos acudían a sus labios con sus togas del Foro y su palabra elocuente. Roma fue la juridicidad, el camino de un imperio alumbrado por leyes y conceptos auténticos sobre la persona humana, la sociedad, la manera de comportarnos para que exista un lazo efectivo entre quienes pertenecen a la muchedumbre de los pueblos del orbe civilizado. El catedrático Carlos J. Medellín, además de conocer todos los secretos del Derecho Romano, era una alma pura. Jamás le oímos una mala palabra, una sucia imprecación, un tono difamatorio. Porque la cátedra le había servido para ejercitar los dones del Espíritu Santo. Recordamos esos días del Externado de Derecho. A las siete de la mañana dictaba su clase. Los muchachos tiritábamos como conejos atrapados en una mochila. Pobres estudiantes raídos, llegados de la Provincia en busca de El Dorado que consistía en doctorarse en leyes.

El profesor Medellín enseñaba con voz suave, timbre de esquila, sin apresurarse, sin borbotar palabras, sin sumideros desesperantes para el pobre estudiante. Era una gloria asistir a su clase. Otros profesores eran severos, agri-dulces, solemnes como paraguas elegiacos. El doctor Medellín era lo humano, lo comprensible, la gran levadura humana.

Hasta última hora dictó su cátedra de Derecho Romano. Papiniano, Justiniano, los autores de "Las Pandectas", los buenos latinistas de Roma imperial lo habrán recibido con amor a su llegada al Paraíso a continuar el diálogo que en la tierra mantuvo con sus inúmeros discípulos.

Bien sabe Carlos Medellín, su brillante hijo, que su pena la compartimos en igual forma. Cuando se ha dado un dorado pan de sabiduría a la juventud, hijos de la carne e hijos del espíritu nos confundimos en las mismas lágrimas en horas acerbas.